

La piel de los extraños

IGNACIO FERRANDO

Menoscuarto. Palencia, 2012

235 páginas. 17'50 euros.

Si se tiene en cuenta su producción anterior, no cabe duda de que las dotes genuinas de Ignacio Ferrando (Trubia -Asturias-, 1972) se muestran sobre todo en el relato breve, como acreditan los once cuentos recogidos en este volumen. No se trata, además, de cuentos convencionales, sujetos al estereotipo de narraciones en torno a una anécdota concreta. Los cuentos de Ferrando encierran historias que, a menudo, son de larga duración—aunque el relato las reduzca luego a unas pocas páginas—y contienen una densidad significativa y simbólica poco habitual. Por eso en un volumen anterior de relatos, *Sicilia, invierno* (2008), el autor caía en la tentación de ofrecer un texto al final en el que se daban explicaciones aclaratorias acerca de la intención y el sentido de los relatos anteriores. Es de agradecer que en esta ocasión no haya incurrido en la misma ingenuidad, no sólo porque la *intentio auctoris* no siempre coincide con el resultado de la

obra—que es lo decisivo—, sino, sobre todo, porque el lector dispone así de un amplio margen para reflexionar libremente, forjarse conjeturas acerca de cada cuento y añadirle su propia interpretación. Que las narraciones de Ignacio Ferrando permitan—e incluso exijan—esta actitud indica que se trata de historias complejas, cuya superficie deja entrever un sentido oculto, un doble fondo de límites imprecisos.

Hay ecos perceptibles y variados, como el de Kafka—en cuentos como los titulados “Liberación” y “Babel”—, pero también, en otros momentos, vienen a la memoria Chéjov o Cortázar. Estos seres de Ferrando deambulan a veces por lugares inhóspitos y desolados—como en “Los atardeceres de Tagfraut” o en “Pelícanos”—, por tierras solitarias que parecen emerger de una terrible destrucción, similares a las que recorren el padre y el hijo en *La carretera*, de Cormac McCarthy, y se diría que arrastran consigo una oscura condena originaria de la que no pueden zafarse. Ni siquiera poseen una identidad fija, como el Südeck de “Tres

violines”, o las borrosas Karen y Cordelia de “Las profundidades”. En “Los sistemas”, de ingenioso planteamiento y medido desarrollo, la previsión del futuro mediante el cálculo de probabilidades y sus variables parece impecable hasta que se ve alterada por una alteración que cambia radicalmente los sucesos previstos. También en “Veintiséis o la física de un res-

plandor” se pone en solfa el cálculo de probabilidades aplicado a los juegos de azar. En “Un buen tipo demasiado sentimental”, menos logrado que otros cuentos, se abusa un tanto del juego literario al traer como personaje a Raymond Chandler y convertir al “verdadero” Philip Marlowe en narrador de la historia. “Pelícanos” alcanza un grado de abstracción tal que merecería una lectura demorada y atenta, y el original y excelente cuento que da título al volumen plantea la curiosa experiencia de una pareja que intenta recobrar la identidad de años atrás, perdida durante los años de convivencia, e induce también a la reflexión.

Una prosa de gran precisión, casi impecable, subraya la escritura clásica de estos cuentos, con muy leves lunares: alguna concordancia errónea (“uno de los que alargó su jornada fue...”, p. 170), algún giro innecesario (“punto de no retorno” [p. 178] por ‘punto sin retorno’), o un gerundio inapropiado (“sobresalía el arco [...], los cangilones girando del molino”). Buen conjunto para lectores de buen paladar. **RICARDO SENABRE.**



MIGUEL ÁNGEL MUÑOZ

el universo narrativo se somete a ella, lo que conduce a simplificar la complejidad del proceso narrativo y a excesivas concesiones al discurso que explicita cada una de los diez enseñanzas sobre las que asciende la experiencia vital del “héroe novelesco”, erigido en ejemplar personaje de la aventura iniciática que representa su despegue vital, recomendamos leerla como lo que en realidad es: una fábula moral con final feliz. Y en ese sentido es amable, optimista, y grata. Su argumento se sostiene

en el testimonio de Stefan (el “caminante”): hoy un hombre de 55 años, satisfecho del éxito social y el triunfo profesional, no tanto de su vida emocional, lo que le empuja a relatar el episodio vivido 25 años atrás, cuando era un joven redactor, sin trabajo y sin horizonte, y tropezó con una red de misteriosas circunstancias en torno a una mujer mayor, “Sara Elly”. Con motivo de tan inusual encuentro, pues ella tenía entonces 70 años y se ofreció a aleccionarle en la “sabiduría del caminante”, él fue tras-

ladando sus lecciones a un cuaderno que acabó por convertir en su bitácora y fue marcando el rumbo de un innovador proyecto profesional. En el proceso, Stefan se fue involucrado en su aventura personal, conocerse y aceptar su mundo, elegir una ruta, vivir y luchar por ella. Pimentel se erige en observador reflexivo que determina y dictamina, con su decálogo, los sumandos necesarios para ganarle la partida al “nuevo mundo” y hallar, así, la “tan gente de la felicidad”. **PILAR CASTRO**